

ZARPAMOS

¿Imaginan lo que se siente al frente de los mandos de una nave espacial que avanza hacia *nosesabedonde*, teniendo sentado al lado, como copiloto, a un pavo mallorquín?

—¿Tú tienes alguna idea, aunque sea remota, mínima, insignificante... de... pilotar un platillo volante?

La pregunta estaba hecha en un tono pausado que seguro que transmitía una tensa calma, poniendo cuidado en vocalizar bien —la forma de hablar que se utiliza con un extranjero... o con una especie que no esperas que te entienda.

El pavo que, por alguna ley desconocida en esta atmósfera, era de un tamaño similar al mío, giró el cuello lentamente y me miró.

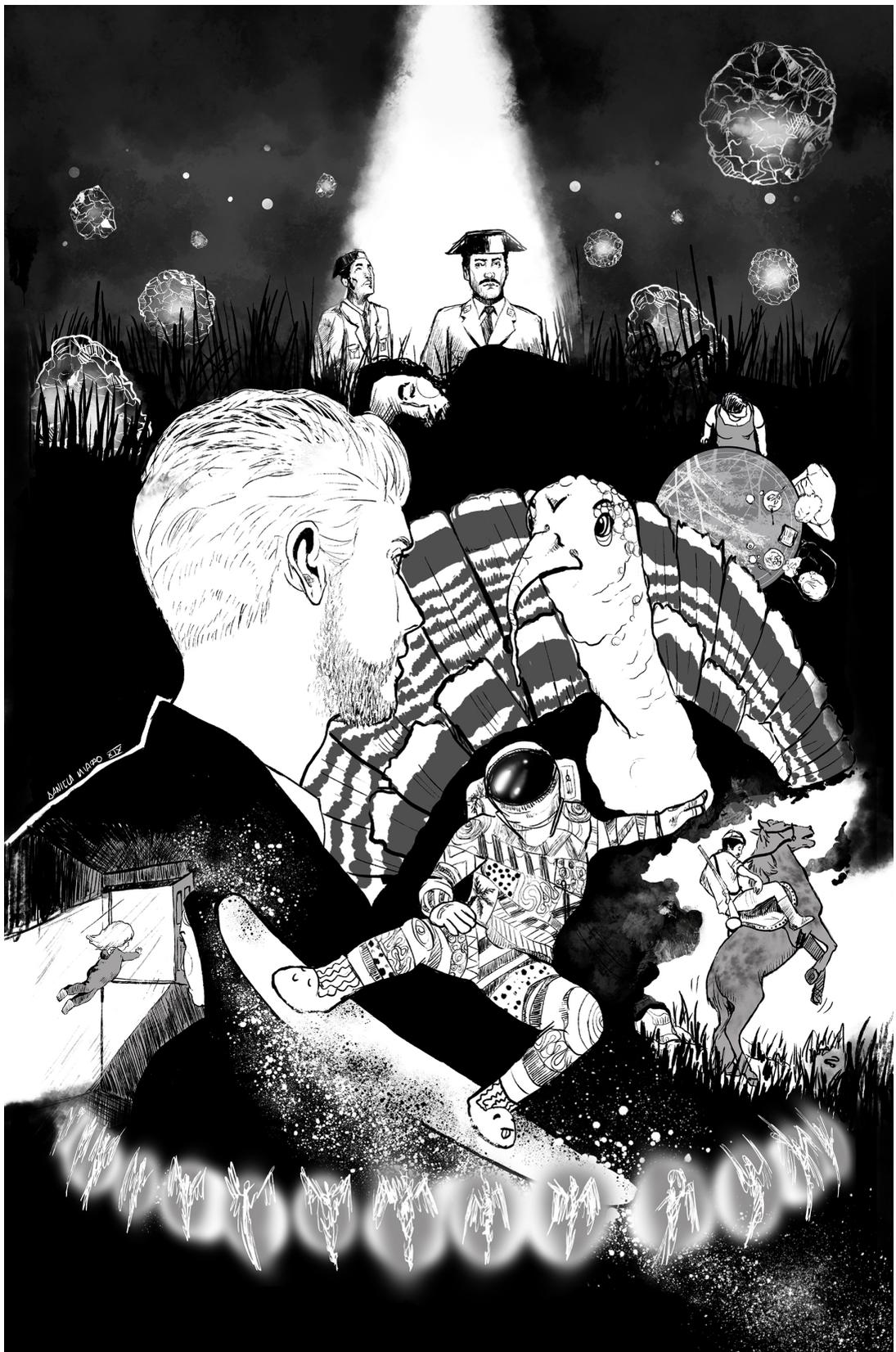
(Me ha entendido).

—No. Ni puta idea.

Di un salto en el sillón de mando. Pero no por lo que ustedes se imaginan. En mi vida han pasado últimamente muchas cosas tan extrañas, que lo de ir de viaje por la negritud de las galaxias, sin tener ni idea de cómo funciona eso en lo que vas montado, que tu compañero sea un pavo y que te conteste no es lo que me sobresaltó. Lo que de verdad me desconcertó fue oír esa respuesta en un guajolote con la voz de Felipe VI, el rey de España.

—¡Cielo santo!, ¿por qué hablas con *esa* voz?

—No digas chorradas. Los pavos no hablamos. Se me ha proporcionado un sistema para comunicarme contigo. Tengo un banco de voces.



. . .

Navegar por el espacio es como conducir sin faros en la noche de San Juan, pasando por un cementerio donde hay fuegos fatuos.

Cómo, por qué llegué hasta aquí, y el modo tan extraño en que sucedieron los acontecimientos, exigiría contar antes algunas cosas. Tal vez lo mejor sería empezar por...

EL DISPARO

Castilla. Primeros años del s. XX

El disparo en mitad de la noche sonó seco, bronco y destemplado.

En el severo páramo castellano, todo frío y quietud antigua, ese ruido intruso, aunque breve, fue una herida negra y escandalosa que sangró con revoloteo de pájaros invisibles.

La naturaleza sabe cuándo algo va mal.

El cabo Ledesma de la Guardia Civil se sobresaltó en la rutina de la patrulla. Su oído estaba perfectamente entrenado en explosiones y detonaciones.

–¡¡Despierta *Martinezcoñemarmota!*... –se le juntaron los calificativos al apellido del subordinado.

–¡Sí!, ¡micabo!, ¿¡qué, qu, queq... ha pasado!?...–el «número», entre el sobresalto de salir de la modorra y el azoramiento, no acertaba a averiguar la índole del suceso. Aparentemente no había nada anormal; no veía...

–Ha sido un disparo de escopeta de caza. ¿Y a esta hora?... ¿furtivos? ¡Dirige los faros hacia allí!

Horas y horas de guardias en la noche desarrollan ese instinto, más que vista, de notar si hay «algo» por ahí... El viento o la quietud tienen su «música», y si persona o animal la rompe, se acaba por sentir. Ellos eran ya bichos de la naturaleza acostumbrados a la oscuridad. Pero el negro alberga clarosucos.

–Mi cabo, ¡algo se ha movido por ahí! Juraría que he visto un reflejo de luna en el rebollar y una silueta de hombre.

–Te creo porque tienes vista de lince, pero la puñetera luna está en menguante, es imposible que saque reflejo de una cantimplora o una navaja.

–Es verdad, Ledesma, pero...

–Cabo Ledesma.

–Sí, mi cabo.

Habían aparcado y se dirigían andando hacia el bosquecillo de robles donde Martínez había creído ver la silueta y el movimiento de una figura humana. Ledesma, que empuñaba una pistola ASTRA de 9 mm, iba levemente adelantado y el agente, portando en alto una linterna-quinqué, mirando en derredor. Efectivamente la luna moribunda proporcionaba poca luz y menos en el interior del bosque.

La humedad arrancaba ese olor característico a hojas podridas y a...

–¡Pólvora!... ¡Huele a pólvora!

El quinqué de repente mudó a un tono azulado y emitió un sonido como de estertor agonizante.

–Ahora no nos irá a dejar sin luz esta mierda de cachivache.

–*Mecagüen...*

La luz desapareció y, tras unos segundos de ese fundido a negro, Martínez oyó un ruido sordo y el disparo de la pistola del cabo.

Después de eso, el número optó por congelarse para no dar pistas al posible enemigo, ese a quien debía de haber disparado su superior.

La oscuridad era prácticamente total. No se oían ramas rotas ni acercándose ni alejándose. El otro debía de estar igual de quieto, esperando lo mismo que Martínez: un ruido, una señal, un mínimo brillo para atacar.

Lo terrible era el silencio de su cabo. El único disparo había salido de su Astra, sin réplica. Y, a menos que hubiera tropezado y se hubiera disparado a sí mismo...

Pero no se trataba de un turista haciendo el Camino de Santiago, ni de un poli lechuguino de la capital, acostumbrado a correr en adoquines, sino de un viejo experto en perseguir delincuentes por andurriales de aldeas, villorrios y monte a través: un auténtico lobo de choperas, melojares y pastizales.

Siguió inmóvil, intentando no respirar... o no suspirar... El sudor le caía por la frente, por la espalda, aun en esa hora de la madrugada. Era el miedo puro. Miedo a morir, a no saber si su compañero estaba malherido o muerto. Angustia por no confirmar qué había pasado y qué iba a suceder.

Nadie que no haya pertenecido a una Fuerza o Cuerpo de Seguridad puede comprender lo que significa un compañero fijo de patrulla. Llega a convertirse en alguien realmente especial. Son muchas horas de aburrimiento, espera, vigilancia. Días, semanas, meses de compartir en un espacio casi más reducido que un lecho conyugal, el mismo aire, frío, bostezos, ventosidades, risas, coñas y confidencias que no le harías a tu mujer o que tu compañero sabe incluso antes que ella. No es por nada, pero con tanto tiempo, llegas a conocerlo de tal modo que adivinas las reacciones que tendrá; cuando los dos vais armados y en momentos de tensión, resulta muy útil. Lo cual no quita que te recuerde que él es cabo y tú, su subordinado; porque esto es el Cuerpo y si te pillan un superior con el tuteo, se monta.

Y ahora quizás estaba muerto.

Casi se le olvidó el peligro y miró hacia arriba. La luna desmoronada como un Alka-Seltzer desleído apareció de repente e iluminó con timidez la escena.

La vista de Martínez se fue adaptando y sus ojos intentaron horadar la nueva penumbra.

En principio no vio sino un montón de maleza luego empezó a distinguir: piernas, brazo, mano y el pulimento metálico de la pistola caída a una cierta distancia de Ledesma.

Su cabo estaba muerto o inconsciente tumbado boca abajo. La vista, desatada del miedo, le permitía verlo con alguna claridad. No encajaba para nada que ahora el cabo Ledesma tuviera cuatro piernas y tres brazos.